

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é Instruccion, por don A. P.—Meditacion (poesia), por el Marqués de Heredia.—Por un Alfiler, por don G. Nuñez de Arce.—Labores, por J. G. B.—Advertencia.

EDUCACION É INSTRUCCION.

La Mujer.



L ocuparse las Córtes de las bases de instruccion pública, ha dicho un señor Diputado lo siguiente:

—«Si al defenderse ciertas opiniones, se lleva el pensamiento de buscar el verdadero cimiento donde debe descansar la sociedad, yo diré á los que así piensen, que se olvidan de una cosa muy importante al hablar de máximas religiosas y de los principios morales; no piden nada para la mitad del género humano, que imbuye las ideas grandes, las ideas generosas; para la mujer. Para la mujer, señores, que es el sér que inspira los sentimientos religiosos; para la mujer, que infunde en nuestro ánimo las ideas mas halagüeñas, y que es la que endulza los pesares de nuestra vida. Pensad, pues, en educar á la mujer; en esto es en lo que tienen que pensar todos los Gobiernos de España, y los de las demas naciones. Educad á la mujer, y tendreis buenas ideas, y formareis verdaderos sentimientos religiosos y morales.»

No hemos podido menos de tomar acta de estas palabras, pronunciadas en pleno Congreso, que vienen á justificar, si de justificacion necesitasen, las ideas que estamos sosteniendo hace ya algunos años.

Es preciso, es indispensable, insistir un día y

otro, y con tenaz empeño, en que la educacion é instruccion de la mujer sea cual le corresponde y cual necesita la sociedad, porque está en el interés de ambos, y para los dos son tambien las consecuencias gloriosas.

En asunto tan importante, lo es tambien la parte que corresponde desempeñar á las madres de familia, y la que compete á las mismas jóvenes. A éstas la aplicacion y la obediencia, á aquellas la ilustracion, porque tienen que ejercer ese sublime profesorado del hogar doméstico, tienen que dispensar esa enseñanza que da educacion é instruccion á los hijos, ó cuando menos, conserva y pule, á veces, la que reciben en los colegios.

De aquí ese grande valor que tiene el saber de una madre; de aquí los resultados de sus consejos, de sus lecciones; de aquí, en fin, el triste ó venturoso porvenir de los hijos.

La mujer, cuya virtud fortifica su alma, y en cuyo corazon se arraigan profundamente los sentimientos religiosos, puede, cual nadie, inculcar la virtud y la religion en los niños, porque se le asemeja mas su lenguaje, siempre dulce, siempre cariñoso, siempre amante.

En ella es tambien la fé mas grande; por eso se la vé con mas pasion, y por eso la trasmite con mas conviccion, con mas empeño.

Sus convicciones no participan de esa duda desgarradora, y los desengaños no dejan tanta amargura en su corazon. La flor de la esperanza apenas pierde su lozanía para la mujer, y el porvenir no se enturbia para ella sino pasajeraamente. En medio de las mayores tempestades, creen próximo el iris, y aun naufragos en el mar de la vida, su fé les hace vislumbrar el puerto salvador.

¿Quién mejor que la mujer puede inculcar estos sentimientos en el corazón de los niños? ¿Quién tiene mas derecho que una madre? ¿Quién con mas deber?

Cuando la sociedad se estravía; cuando se empiezan á pervertir los sentimientos puros; cuando se ven aflojar los vínculos que la moral impone; cuando el deber deja de serlo, no vacilamos en afirmar que debe culparse á la mujer. Árbitra de las costumbres como lo es el hombre de las leyes, cada uno debe velar por su observancia, y si en una nación bien gobernada son respetadas las leyes; no se comprende un pueblo civilizado sin la observancia de las buenas costumbres, que la mujer forma y sostiene.

Todos los deberes de la mujer son leyes sociales: en su cumplimiento va unido el respeto que se las debe: su virtud es el mejor antídoto contra la inmoralidad.

El hijo educado en las máximas de la religión y de la virtud, las practica, y ningún hombre desatiende los sanos consejos de su madre, ni los olvida, sin que el remordimiento acibare su existencia, sin que las lágrimas del dolor surquen sus mejillas.

Y ¿quién puede dar consejos mas desinteresados que una madre? ¿Quién mas provechosas lecciones? ¿Quién con mas amor? Si hay algo que venerar en el mundo despues de Dios, es la madre.

Veamos, pues, la imágen de la nuestra en todas las mujeres: considerémoslas ejecutando, ó que han de ejecutar el mismo papel, que han de amar y educar al hombre, y la historia nos enseña que en los pueblos donde se ha considerado y respetado á la mujer, ha reinado la virtud y la felicidad; y que en pós de la corrupcion de las costumbres, ha seguido la de la sociedad, y se han perturbado las leyes divinas y humanas.

Fomentemos la educación é instruccion de la mujer, porque así fomentamos la nuestra, guíemos su inquieta y esquisita imaginación por el camino del saber, y las consecuencias serán tambien en nuestro provecho, porque las luces de la mujer iluminan la sociedad.

A. P.



LITERATURA.

MEDITACION.

Era amor mi esperanza,
Eterno aquí en el mundo lo creía,
De mi bien la mudanza
Me enseñó que varia,
Y perdí para siempre la alegría.
Desde entonces mi suerte
Ni un momento mudó, siempre fué dura;
Y ya miro la muerte
Como única ventura,
Como único consuelo en mi amargura.
La esperanza deshecha,
Muerto ya el corazón, es este suelo
Cárcel del alma estrecha;
Infecundo es mi anhelo,
Yo busco la verdad y está en el cielo.

EL MARQUES DE HREDIA.

POR UN ALFILER.

De todos los objetos inanimados, un alfiler es quizá el que mas de cerca asiste á los sucesos de la vida humana, y á poder hablar, contaría sin duda historias muy curiosas. Por lo que á mí hace, me han sucedido algunas aventuras bastante singulares para que haya rogado á un íntimo confidente que trasmita mis recuerdos.—*Un alfiler.*

I.

EL NACIMIENTO.

Dijo Dios: sea la luz, y la luz fué hecha. ¡Pobres humanos! Tan orgullosos de la partecilla de soplo divino que os anima é inflama vuestro orgullo, ¡cuántos de vosotros no van á convinar sus esfuerzos para crear.... un alfiler!

Contemos bien: 1.º En una gran fábrica, máquinas complicadas, animadas por la fuerza del vapor, producen con la cooperacion de un pueblo de obreros, el alambre, que llegará á ser el alfiler: 2.º El *enderezador* hace perder al alambre su curvatura y le corta en pedazos: 3.º El *afilador* aguza en la piedra la estremidad del alambre. 4.º El *recortador* da al alfiler el largo que se quiere: 5.º El *retorcedor* pre-

para en espiral el alambre para arreglar las cabezas: 6.º El que corta éstas la fija en el hilo metálico: 7.º El *fogonero recuece las cabezas* para darlas flexibilidad á fuerza de golpes: 8.º El *limador* las da una forma elegante: 9.º El *desoxidador* les limpia por primera vez: 10 El *blanqueador* está encargado de estañarlos: 11 El *apagador* les da un baño de agua fria: 12 El *pulimentador* los hace girar rápidamente en un tonel lleno de salvado: 13 El *achechador* separa los alfileres del salvado: 14 El *picador* alinea los agujeros en el papel: 15 El *arreglador* introduce los alfileres en los agujeros.—¡Un gran número de personas concurren á cada una de estas operaciones, y he pasado por mas de cien manos, antes de ser un..... *artículo de venta*.

II.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

Fuí cargado con algunos millones de compañeros míos en un rápido vehículo, y todos juntos nos vendieron como esclavos discretos que se destinan al servicio de hombres civilizados. La caja que nos servia de prision se abrió en un elegante almacén, y se nos depositó artísticamente en grandes copas de cristal. Vendíanse allí á hermosas señoras, perfumes, guantes, cintas y alfileres para sujetar sus nudos. Una doncella, despues de una larga conversacion con el irreprochable mancebo que tenia á su cargo los alfileres, me cogió riendo de la copa de cristal, me clavó en el pañuelo que cubría su seno, y de este modo fuí transportado á un suntuoso palacio de la Chaussée d'Antin.

III.

GRANDEZA Y DECADENCIA.

¡Qué lujo y qué fausto! Atravesando este salón, examinando el brillo de sus pinturas, de sus dorados, de las ricas molduras que le decoran, de sus muebles, acordéme á pesar mio de los cien artesanos miserables que habian reunido sus esfuerzos y sus vigili-as para que yo hiciese mi entrada triunfal sobre el seno de una doncella en estos régios salones.

—Luisa, dijo una voz que parecia salir del fondo de una butaca forrada de seda. ¿Me habeis traído la cinta?

—Aquí está, señora, acabo de traerla.

—Traédmela, y dádme un alfiler.

Luisa obedeciendo las órdenes de su ama, me desprendió de su pañuelo, y me pasó á las manos de su señora, que estaba cómodamente, pero con solícita atención mirándose á un espejo.

Fuí colocado con arte para sostener el mas encantador nudo de cintas que imaginarse puede sobre la garganta alabastrina de mi nueva y hermosa poseedora. Terminados sus preparativos y completamente vestida, salió en seguida de casa. Esperábele el coche á la puerta. ¡Qué venturoso destino para un alfiler nuevo! ¡Qué de cosas curiosísimas estaba en disposicion de ver y oír! El lacayo abrió la portezuela del carruaje, mi ama subió en él y nos dispusimos para marchar.

Pero en medio del zaguan mi señora se volvió para dar una orden, y yo caí, ay! entre dos losas de mármol, cerca de la escalera. Había allí un perpétuo movimiento de entrantes y salientes, y por lo que pude comprender, hallábame en el portal de una gran oficina donde trabajaban numerosos comisionados, recibiendo y dando dinero; porque todos los que entraban llevaban talegos de escudos ó carteras que parecían llenas de billetes de Banco.

Mi cabeza había quedado apoyada sobre el borde de una de las losas, de manera que podía ver y observar á un jóven, modestamente vestido y de aspecto grave y dulce, que dudaba si entraria ó no en la casa. Primero pareció reflexionar, despues dió algunos pasos como para alejarse, y últimamente, haciendo un valeroso esfuerzo se adelantó resuelto, pero tristemente, hácia una gran puerta vidriera, que tenia escrito como muestra la siguiente inscripcion: *Oficina y Coja*. Su continente me interesó, y hubiera querido estar mas cerca de él para conocerle mejor, porque habia notado que poseia yo el dón extraño de adivinar por el contacto el talento y el carácter de los que me llevaban. Si él me recogiese—decíame—seria grande mi placer por estar en su compañía. Pero ¡ay! su pensamiento dista mucho de mí, y el ingrato ni me ha visto siquiera.

No tardó mucho tiempo en salir de la habitacion en que habia entrado, acompañándole hasta la puerta una persona, que por los ademanes parecia negarle lo que el pobre jóven solicitaba. Sin embargo, tanto debió insistir, que el jefe de aquel departamento le señaló las ventanas de la habitacion principal de donde yo habia descendido en tan hermosa compañía, y consintió en que le acompañara un dependiente para conducirle á la presencia del dueño de la casa. Bien pronto ví á éste y al jóven, por quien tan vivas simpatías sentia, hablando delante de los cristales de la ventana de enmedio.

—Recibídmme condicionalmente, parecia decirle mi protegido, con ademan modesto y resuelto á la vez.

—No puedo hacer nada, parecia también decir con sus gestos, no menos espresivos el soberano de aquel palacio, inclinando al mismo tiempo la cabeza como en señal de despedida.

Ay! yo ví que el jóven se llevaba el pañuelo á los

ojos, y que se alejaba de aquel sitio saludando con una triste sonrisa.

Vile despues descender lentamente los tres escalones de mármol del peristilo, atravesar el zaguan, con la mirada fija en el suelo. Un rayo de sol vino á iluminar mi cabeza en el instante en que él pasaba al lado mio. Fijóse en mí, que sentí un gran placer, se inclinó, me recogió, y me clavó con cuidado en la solapa de su levita, un poco estrecha y bastante usada.

Entonces se abrió la ventana de cristales, donde habia visto antes al jóven y al dueño de la casa, y oímos á éste gritar con acento vigoroso:

—Bautista! dí á ese jóven que vuelva á subir: quiero hablar con él.

Un lacayo vino á *rogarnos* políticamente que tuviéramos la bondad de volver al primer piso, del cual habíamos descendido, él tan triste y yo tan alegre.

El dueño de la casa tenia un rostro inteligente y distinguido; la frente espaciosa, las cejas y la barba negras, el cabello canoso, y los ojos penetrantes y vivos. Miró en silencio al recién llegado, y le dijo con acento imperioso y breve:

—Caballero, cuando llegasteis al zaguan, os bajasteis como para recoger un objeto precioso perdido allí. ¿Quereis decirme la importancia del objeto que ha llamado vuestra atencion?

El pobre jóven se aturdió al oír esta pregunta. Tal vez no se acordaba ya de mí, ó no se atrevia á decir que una causa tan fútil le habia movido; sin embargo, sus ojos se fijaron en la solapa de su levita, y me vió levantando orgullosamente mi cabeza; me desprendió, y dijo enseñándome tímidamente al banquero:

—Ruegós, señor, que me perdoneis una costumbre bien puéril por cierto. Mi madre, que desgraciadamente he perdido, me enseñaba á recoger un alfiler, y yo lo he hecho en memoria suya, y como en obediencia al amor, al orden que me inspiró.....

—Hijo mio, le interrumpió el banquero, no hay motivo para avengonzarse ni para creer que sea un crimen el recoger un alfiler caído. Por el contrario, indica una cualidad tan buena, que yo, aun cuando no tengo necesidad de vuestros servicios, como antes os he manifestado, os admito sin embargo desde ahora, y os quiero someter á una prueba.

Escribió en seguida algunas palabras en un papel, llamó á un criado, y le dijo:

—Conducid á este caballero adonde está el jefe de la correspondencia. Y se alejó saludando con la mano al nuevo dependiente.

El banquero se llamaba el baron Wolff. Era un hombre, cuya inteligencia le habia colocado en primer lugar en el mundo de los negocios; tenia numerosas relaciones en ambos Continentes, una probidad reconocida, y una gran pretension de conocer á los hombres y distinguir su aptitud. Una gran parte de su

fortuna inmensa consagrábala á las artes, á las empresas útiles, y al socorro de las desgracias. ¡Gran cosa es la fortuna, el poder del oro, cuando cae en manos tan liberales y tan puras! El baron se alejó haciendo votos, porque el horóscopo que habia fundado en una cabeza de alfiler fuese justificado en la primera prueba.

IV.

LA PRUEBA.

Abriéronnos de nuevo la puerta vidriera que daba entrada á las oficinas, y se nos condujo al departamento del jefe de la correspondencia, que despues de haber leído las órdenes del banquero, miró con sorpresa al recién llegado, como dudando de que sus fuerzas pudieran alcanzar á la mision que se le encomendaba. Él mismo le condujo al salon de las oficinas generales. Cuartos separados por verjas de madera, dividian la habitacion como una carta geográfica reparte el mundo en diversos estados. Pasaronle por delante de la Inglaterra, la Alemania, la Rusia, la España, y las Indias Orientales, y llegó á un departamento especial que tenia esta inscripcion: *Canadá!*

—Encargáos, le dijo el jefe, de la correspondencia del Canadá. Dos horas teneis para examinarla y extractarla, y se la presentareis á una hora dada á Mr. Wolff.

Yo sentia, por el contacto, las impresiones de mi jóven y digno amigo, y estaba tan contento como él. Sentóse con sencillez, pero con la seguridad del que confia en sus propias fuerzas, y saludó á su principal. Su primera mirada fué para el pobre alfiler que tan admirablemente habia coadyuvado á sus fines, y en seguida su recuerdo se dirigió á su padre, y á los sábios consejos que de él habia recibido: luego su pensamiento se elevó hasta la Providencia, que le ofrecia una ocasion de ser útil á aquellos que pudieran tener necesidad de sus socorros. Fortalecido con estos recuerdos y estas consoladoras ideas, abrió inmediatamente con decision el correo del Canadá.

El Canadá, segun me ha enseñado un alfiler de este pais, es un pueblo lleno de sávia y de vida, donde la civilizacion se propaga rápidamente, donde todos los ojos se vuelven hácia la Francia, su madre patria antigua, respetable y querida, y donde los mas ricos productos de la naturaleza abundan. Allí las ciudades aparecen, y desarrollan sobre el antiguo territorio de los Iroqueses, antes de que la geografia tome acta de su nacimiento. Hánme citado como el decano de edad es una ciudad de cuarenta mil almas, uno, que solo tiene diez y seis años y medio. Actividad semejante impone necesidades grandes, un llamamiento perpétuo á una civilizacion mas avanzada, un cambio de

los productos indígenas con los productos refinados de la industria del viejo mundo; y como resultado de este inmenso comercio, una correspondencia multiplicada y casi febril. Las órdenes deben cumplirse tan pronto como el viento desplega la vela de los navíos, ó rompe el vapor las aglomeradas olas del mar.

El nuevo comisionado se asustó algun tanto cuando abrió la gran cartera que guardaba la correspondencia del día. No tardó sin embargo en reponerse proponiéndose llevar el mayor orden en la clasificación de las numerosas cartas que tenia delante. Puso en un lado los contratos y valores, en otro las consultas, en otro las órdenes y pedidos, hizo un resumen de todo esto, analizándolo, y se presentó á Mr. Wolff.

—Está ya? dijo el banquero sonriendo. Y lanzando una rápida ojeada sobre la magnífica letra del recién admitido, y sobre la exactitud y perfecta alineación de sus guarismos, exclamó:

—*You speak english?*

Y la conversacion continuó en inglés. Aun cuando el Canadá haya pertenecido en otro tiempo á la Francia, y se conserven en muchas partes las costumbres francesas, el inglés es la lengua del pais, en el mismo idioma se escribe la correspondencia, y el conocimiento de él era indispensable para desempeñar dignamente el cargo que á mi favorecido se le habia hecho.

—¿Habeis estado en Inglaterra? preguntóle Mr. Wolff, maravillado de la pureza con que hablaba el inglés.

—No sir; pero mi madre, que es muy instruida y habla este idioma con perfeccion, me ha enseñado los primeros rudimentos; yo he aprovechado las ocasiones de hablar inglés, y no he creído faltar á los deberes de buen cristiano, yendo despues de la misa á escuchar sermones en un oratorio de ingleses, y allí he tenido el gusto de aprender una excelente pronunciaci3n y una buena moral.

Shake hand! exclamó el banquero. Vos sois de los nuestros. Decidme, hijo mio, cómo os llamais, y de dónde viene un jóven que ha debido á un alfiler el que yo no le haya dejado marchar, á pesar de mi pretension de conocer á los hombres por su fisonomía.

V.

DE DÓNDE VENIMOS.

El jóven tenia, como creo haberos dicho, un aspecto que prevenia en su favor. Parecía tener de veinte y dos á veinte y tres años; sus ojos eran grandes y velados; las largas pestañas y hermosas cejas daban á su mirada tanta dulzura como brillo; su frente era

espaciosa, blanca y serena como la de una mujer; conocíase que ningun pensamiento habia enturbiado todavía su pureza; una abundantísima cabellera negra rodeaba el óvalo perfecto de aquel rostro, que expresaba la sencillez, la calma, y hasta cierto punto la firmeza. Un naciente bigote sombreaba sus lábios, algun tanto gruesos, así como veíanse tambien en sus mejillas, permitiásenos la frase, los *primeros albores* de la barba. Era de una estatura regular y bien formado; su traje estaba algo descuidado, y su actitud revelaba modestia, pero no embarazo. Animado con la amable acogida del baron, continuó su conversacion en inglés, conociendo el placer que causaba al banquero, hablando un una lengua que es en Europa la de los negocios.

—Me llamo Jorje, dijo, tengo veinte y dos años, y pertenezco á una familia de artistas. Mi padre succumbió por el exceso de trabajo, y mi madre quedó sin amparo alguno con muchos hijos. A fuerza de valor y sin mas recursos que este mismo valor, atendió cuidadosamente á nuestra educacion. Separóme, y con razon, de la difícil carrera del arte, viendo mis inclinaciones, y conociendo que yo deseaba ser pronto útil y sostener á mi vez á toda mi familia. Despues de haber terminado mis estudios, aprendí las lenguas extranjeras y el comercio en casa de uno de nuestros parientes, en Alemania; de vuelta busqué inútilmente donde emplearme; como no tenia recomendaciones todas las puertas se cerraban para mí, y sin este alfiler, que guardaré siempre como un precioso talisman, yo....

Escuchábale el banquero con la mayor atencion, y observaba con una penetracion, que hubiera embarazado á otra naturaleza menos candorosa, el sencillo y encantador aspecto del jóven. ¡Es tan raro encontrar un corazon vírgen, tal como ha salido de la mano de Dios, y que no esté consumido por el fuego de las pasiones! Mr. Wolff despues de haber examinado el trabajo que le habia presentado, fijó nuevamente con placer su mirada en Jorje, calculando cómo verian los americanos la franqueza y probidad que su fisonomía revelaba.

—*Very well*, dijo. No quiero mas informes que los vuestros. Sereis jefe del departamento consagrado al Canadá, y llevareis la correspondencia, porque vuestra letra es clara y me agrada. Los extranjeros deben medir el cuidado que nosotros ponemos en sus negocios por la precision y claridad de nuestras contestaciones. Hablad poco, escuchad mucho, no respondais sino sobre lo que sepais de una manera terminante, guardáos de las relaciones peligrosas, y no forneis amistad alguna sin prevenirmelo. Pensad á menudo en vuestra madre, y esta idea os sostendrá en vuestro rudo trabajo, porque la vida aquí es un infierno; y somos todos infatigables. Como no teneis

parientes, tendreis habitacion en casa, y os daré dos mil francos de sueldo. Nos veremos mas tarde. Adios, hijo mio.

Todo esto fué dicho en inglés de un modo breve, pero claro, como estaba en la costumbre de Mr. Wolff, que se alejó diciendo:

—Es el hombre que me conviene, tiene inteligencia y calma, instruccion y modestia, sencillez y resolucion. Bueno es aprovecharse de él. Este muchacho hará fortuna.

VI.

Bien habia dicho Mr. Wolff: la casa era un infierno para el trabajo. Este hombre que acudia diariamente á las diversiones del gran mundo, que se ocupaba con amor de las artes, con celo de los negocios públicos, con entusiasmo de los deberes de la caridad, no faltaba nunca á su puesto en la oficina. Se levantaba antes del dia, escribia muchas cartas, recorria todos los departamentos, echaba de menos á los ausentes, veia el estado en que todos tenian sus papeles, no podia soportar una irregularidad, y menos un minuto de retraso.

En una de sus escursiones matinales por sus oficinas, Mr. Wolff halló á Jorje en su departamento, alumbrado por un quinqué, cuya luz empezaba á debilitarse, y tan absorto en su trabajo, que no sintió la entrada de su jefe.

—¡Vaya una casa bien guardada! dijo. ¿Cómo estais aquí, y no descansando, puesto que todavía no es hora de acudir al trabajo?

—Ruegós que me perdoneis, contestó Jorje; pero un negocio muy grave que teneis en Montreal, necesitaba estar arreglado precisamente hoy, para que vuestros intereses no padecieran. Gracias á Dios, el trabajo está terminado, y mañana mismo podrá mandarse por el Havre....

Y presentó al banquero un legajo.

—Jorje, dijo Mr. Wolff: Deberia reñiros, y habeis dado un mal ejemplo. ¿Sois aquí el amo? ¡Es preciso que todo lo consulteis conmigo! Pero se conoce que teneis sueño. Idos á descansar, y que no vuelva á sucederos.

Despues de haber examinado el legajo, volvió á llamarle bondadosamente y le dijo:

—Jorje, sois un buen muchacho. Vuestra madre debe estar orgullosa de teneros por hijo. Conserváos para ella: verdad es que tenia empeño en terminar el asunto de Montreal, porque estos deudores son peligrosos, y el negocio es grave. Precisamente venia á ver en que situacion estaba, porque todo retraso puede ser funesto. Habeis procedido bien para mí y para vos.... Pero no os deis malos ratos.

A pesar de estas reconvencciones, volvió á encon-

trársele todavía algunas veces trabajando á deshora, pero siempre se excusaba y pedia perdon con tanta sencillez, que no habia medio de que Mr. Wolff pudiera reprenderle; antes cada vez estaba mas satisfecho, así de la capacidad como de la modestia de su colaborador.

VII.

EL GRAN MUNDO.

Mr. Wolff llegó á notar que Jorje estaba siempre vestido con la misma sencillez, y en ocasiones hasta con negligencia.

—Jorje, le dijo un dia, un hombre cuidadoso como vos debe llevar cuenta de sus gastos, ¿tendreis inconveniente en enseñarme vuestro libro de caja? No os estrañeis de mi peticion; la hago por interés vuestro. Me parece que vuestro sueldo debe ser insuficiente....

—Al contrario, señor, contestó Jorje; gracias á vuestra liberalidad, me ha permitido hacer algunas economías.

Y enseñó á Mr. Wolff un cuaderno. Mr. Wolff le examinó escusándose, y se le devolvió sin decir nada, para ocultar mejor la profunda emoción que le dominaba.

Jorje habia enviado á su pobre madre la mitad de su sueldo, y habia dispuesto algunos francos en obras de beneficencia.

Al dia siguiente llamóle el banquero y le dijo:

—Hijo mio; yo recibo en mi casa muy á menudo á muchos americanos que no saben el francés. Podéis, pues, serme útil en otra parte. Comereis á mi mesa, y correrán á mi cargo los gastos de representacion; os daré tres mil francos de sueldo, cuyo primer trimestre os entrego.

Sin gran embarazo se halló Jorje á la hora de comer junto á una mesa suntuosa, rodeada de personas pertenecientes á la clase mas distinguida, cuya posicion y fortuna diferian completamente de la suya. Jorje se guardó muy bien de tomar la palabra en este círculo; un jóven que se encuentra en su situacion, debe ser como una arpa sonora, que únicamente exhala armoniosos sonidos cuando es pulsada por dedos hábiles.

Yo fui testigo de su buena acogida, porque por una atencion, á la cual fui muy sensible, Jorje no se habia olvidado de su fiel compañera, y habia tenido cuidado de trasladarme desde la solapa de su levita de dia de trabajo á la del frac que acababa de estrenar, y que por su sencillez y buen gusto hacia resaltar mas la elegancia del talle de mi protegido.

Mr. Wolff, el trabajador austero é impasible en su gabinete, era en la mesa un convidado alegre, y en las reuniones un *contador* entretenido. Tenia sobre todo el mérito rarísimo de hacer brillar el ingenio de sus interlocutores, por pobre de él que fueran, y como la vara de Moisés, era capaz de sacar agua de una roca; un chiste de una inteligencia casi obstruida. En las discusiones relativas á las carreras de caballos, á los espectáculos que estaban en moda, y á las elegancias del día, Jorje guardaba el conveniente silencio, y parecia escuchar con interés. Bien pronto, sin embargo, fué interrogado sobre las particularidades de su viaje á Alemania; él habia observado mucho; las artes, los monumentos, las antigüedades le eran conocidas, y pudo por lo tanto emitir sus opiniones con firmeza; pero sin pretensiones.

Madama Wolff era una señora elegante, muy graciosa y muy frívola, que miraba como una cosa extraña á este grave personaje de veinte años, discutiendo concienzudamente cuestiones de arqueología tudesca, y haciendo olvidar á los convidados el vino de Rhin, que llenaba sus copas. Para hacerle variar de conversacion le dijo con una voz graciosa y argentina, algun tanto afectada, como entonces estaba en boga en la buena sociedad.—Mr. Jorje, ¿quereis contaros la historia de ese alfiler maravilloso de que tanto hemos hablado nosotros, y que llevais todavía, segun creo, en la solapa? ¿Es un talisman tan precioso?

Jorje fué entonces el blanco de todas las miradas, y despues mi dorada cabecilla, que brillaba en efecto sobre su frac recién estrenado.

Jorje, que con tanto aplomo hablaba de sus estudios, de sus deberes, y de sus negocios, volvíase tímido cuando su persona era objeto de la conversacion, y sobre todo en aquel momento, viéndose interpelado delante de una concurrencia tan numerosa por una mujer á quien no podia menos de encontrar en extremo bella.

—Señora, contestó con una voz trémula por la emocion. Es verdad que para mí este alfiler es un talisman maravilloso, pues á él debo que haya mejorado mi situacion, y por lo tanto la de las personas que me son mas queridas. Gracias á este alfiler he tenido entrada en vuestra casa, y creo haberme granjeado la benevolencia de Mr. Wolff. Sé las obligaciones que me imponen estos favores, y quiero conservar este alfiler para que me los recuerde, si alguna vez—lo que no espero—llegara á olvidarme.

Un murmullo de aprobacion acogió esta oportuna respuesta. La historia del alfiler fué contada y recontada en un círculo de señoras, que miraban, hablando en voz baja al héroe de la aventura. Jorje para sus- traerse á este exámen, continuó con las personas que

estaban mas cerca de él una conversacion sobre la escuela de pintura de Dusseldorf, de la cual habia conocido á los primeros maestros.

Pasóse despues al salon. Una señora se sentó al piano; tenia una de esas voces simpáticas que cautivan la atencion y atraen los corazones. No habia en aquel caso que vencer esas grandes dificultades que hacen algunas veces la música, comparable á una batalla, y al ejecutante á San Jorje combatiendo al dragon. Eran notas dulces, armoniosas, y de una vaguedad tal, que el alma se sentia éncantada. Al terminar, la reunion la rogó que continuara tocando.

—¿Y el delicioso nocturno de Schubert—dijo Mr. Wolff—con el cual tantas veces nos habeis hecho llorar, le oiremos hoy?

—Es preciso que se toque á cuatro manos—repuso la jóven.

En el salon reinó un profundo silencio.

—Qué desgracia! dijo Mdma. Wolff. Por lo visto no hay aquí ninguna persona que os acompañe....

—Si me lo permitis, señora, dijo Jorje, yo tendria el placer de acompañaros. He oido frecuentemente esa melodía, tan querida de los alemanes, y creo recordarla.

Aplaudióse al jóven, que se sentó al piano, y que tocó admirablemente la parte que le correspondia. La sensacion que produjo fué profunda. Al acabar la última parte, que fué ejecutada con un sentimiento mas espresivo, si cabe, que el que resalta de la composicion, la señora no ocultó el placer que la habia causado el buen método y la seguridad de Jorje. Mr. Wolff, que era un *diletanti* apasionado, estaba en extremo complacido.

—¿Con qué sabeis hacer algo mas que números, pícaro? le dijo tirándole familiarmente de la oreja.

—¿Y es tambien vuestro alfiler el que os ha enseñado á encantarnos á todos? Le preguntó sonriendo Mdma. Wolff. Os ruego que me le presteis.

Jorje saludó, pretendiendo en vano ocultar su confusion, lo cual daba mas interés á su fisonomía, y se ocultó entre un grupo de personas que estaban hablando.

La historia que acabamos de contaros es la de Mr. Laffitte, el célebre banquero de 1830, que debió su admision á una aventura parecida á esta en casa del capitalista que le favoreció y le puso en el camino de la fortuna: Mr. Perregaux. Algun dia puede que os contemos completamente su historia, que es una prueba mas de un principio que no debeis olvidar nunca, á saber: que el espíritu de órden ha sido y será constantemente en el mundo el principal dispensador de la riqueza. (*Traducido del francés.*)

G. NUÑEZ DE ARCE.

LABORES.

Hoy, querida amiga, no te envío un objeto que como muestra de tu habilidad deberás regalar á otra persona, aunque ésta sea de tu mayor cariño; es uno por el contrario, que en tu tocador ha de ocupar un puesto de la mayor importancia, aunque la costumbre de usarle y verle á todas horas, nos haya hecho mirarle con indiferencia: es un *acerico*.

Cuantas veces penetres en tu cuarto de vestir, otras tantas vas de seguro á utilizar los servicios de ese amigo de nuestro sexo. ¿Qué cosa mas natural que tener uno hecho por tí, y qué labor mas ligera, mas caprichosa, mas agradable, pudieras emprender?

Puedes hacerle en un pedazo de moaré blanco, bordando al pasado sobre él, con sedas de uno ó mas colores, la guirnalda y letras del dibujo. Puedes tambien, si lo prefieres y quieres tomarte mayor trabajo, hacerle en raso ó gró azul, hilvanar todo al rededor otro pedazo de color azul pero, mas oscuro que el anterior, y bordar con blanco la guirnalda sobre ambos, de modo que esta cubra su union. Cuando le hayas concluido le coses al *acerico*, que al efecto habrás hecho en otra tela con las mismas dimensiones, y le pones todo al rededor una cinta rizada, que case con el color de la tela, y un lazo en cada esquina, lo que cubre la pegadura y adorna esta linda labor.

De este modo te le representa el modelo pequeño, el que te recomiendo, y aprovecho esta ocasion para que te ocupes en algun bordado de sedas, que es uno de los que figuran en primera línea.

Pasemos ahora á hablar del pliego de dibujos del 51 del pasado. El primer modelo que reclama nuestra atencion, es el pañuelo que iba señalado con el número 5, y que segun te dije, debias hacer en él una aplicacion de valencienness; hoy mas despacio te diré cómo. Dibujas primeramente el pañuelo todo, y hilvanas entre los dos festones un entredos que sea un poquito mas ancho que el espacio que los separa, cuidando de que guarde la misma forma que ellos, y sujetándole primero con el trazado y despues con el feston: cuando hayas concluido todos los festones, cortas la batista del pañuelo en todo el espacio que la cubre el entredos, y dejas éste al aire. Te ofreceré menos dificultades, y casi te resultará el mismo efecto, hilvanando sencillamente un pedazo de tul bastante ancho debajo de la cenefa, y cogiéndole al hacer ambos festones: cortas por encima la batista, y el espacio quedará ocupado por el tul, en el que si

quieres podrias hacer un calado que no fuera de gran trabajo: los medallones que ocupan las cifras, si no hicieras éstas, deben llevar su correspondiente aplicacion, y de todos modos el que ocupa el centro y no lleva inicial. Este pañuelo, fácil en su ejecucion, es despues de concluido de una riqueza extraordinaria.

El juego de cuello y mangas es por su dibujo muy á propósito para bordarle en crespón con seda negra, y obtendrás un juego de luto elegante. Debes hacerle todo á feston, y como el crespón es demasiado flexible, al abrir los ojete debes cuidar de hacerlos pequeños, festoneándolos tambien.

Entre todas las cenefas que acompañaban á estos objetos, permítame que llame tu atencion sobre la que estaba marcada con el núm. 9, y que aunque solo de festones, estaban estos dispuestos de una manera caprichosa.

Hoy casi todo nuestro pliego está reducido á ellos, y sin embargo, ya ves de que distintos modos combinados. Obsérvalo, y así como él te muestra que de un solo feston se forman multitud de objetos, que en nada se parecen unos á otros, acostumbra tu inteligencia á crear, con los conocimientos que ya posee, lindos juguetes, caprichosas novedades, y variadas aplicaciones con los mismos modelos que continuamente te envío.

J. G. B.

ADVERTENCIA.

Nuestras suscriptoras conocen como cumplimos nuestras ofertas, mejorando y cuidando cada dia mas de la parte útil del periódico: no queriendo por eso descuidar la agradable, dimos principio en los números anteriores á la traduccion, ó mas bien arreglo, de las *Flores animadas*, coleccion de lindas historietas, de la que esperamos nos darán las gracias, y que continuaremos en el siguiente. Esta publicacion quedaria incompleta si no la acompañase alguna de sus interesantes láminas. En todó este mes repartiremos la primera, teniendo solo derecho á recibirla iluminada, las señoras que sean suscriptoras á lo menos por tres meses desde primero del corriente.